

**Reseña de Miguel Ángel BADENES MARTÍN (2016),  
*Pascual Meneu y Meneu. Personalitat, personatge,  
persona, Ajuntament de Betxi, Betxi.***

Bernabé LÓPEZ GARCÍA  
Bernabe.lopezg@uam.es

Para citar este artículo: Bernabé López García (2016), *Reseña de Miguel Ángel BADENES MARTÍN (2016), Pascual Meneu y Meneu. Personalitat, personatge, persona, Ajuntament de Betxi, Betxi* en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 21, 181-184.

El género biográfico tiene tantos registros como destinatarios a los que pretende llegar. Siempre obedece a rescatar la memoria de personajes ilustres, famosos o singulares ligados a una tierra, a un país, a una profesión. Pero según el destinatario, su tono será más divulgativo, más hagiográfico, más didáctico, más académico, más o menos objetivo, en función de las fuentes utilizadas, de la disponibilidad de éstas, de las habilidades del autor y/o de las exigencias del editor.

La biografía que Miquel Àngel Badenes Martín ha realizado de Pascual Meneu y Meneu (1854-1934), hijo de la localidad castellonense de Betxi, arabista de profesión, trasciende lo que podría ser la semblanza de un personaje memorable editada por un ayuntamiento local para recuerdo de uno de sus vecinos singulares e ilustración de la vida de quien da nombre a una calle del distrito postal 12549 de su localidad. La exhaustividad con que Miquel Àngel Badenes persigue la vida del biografado queda plasmada ya en el propio subtítulo del libro, *Personalitat, personatge, persona*, recogiendo las tres dimensiones de su vida: la personalidad notable, de hombre público como catedrático de Universidad y enseñante de árabe y hebreo; la de personaje de “extraña y compleja personalidad. ¿Sabio, filántropo, héroe, apóstol? ¿Un contemplativo y hombre de acción?”, como lo definió una crónica del periódico *El Salmantino* en 1916; y la de persona humana desvelada a través de sus pensamientos más íntimos y personales expresados en una rica y variada correspondencia que tanto sus amigos como su familia supieron conservar y que Badenes, con meticulosidad exquisita, ha sabido ordenar y desvelar para dar una visión completa de la vida de Meneu.

El autor, con anterioridad a la edición de esta biografía, se había adentrado ya en el conocimiento y estudio de la historia de la localidad de Betxi durante el sexenio

revolucionario , obteniendo por ello junto con Ferrán Nebot García el premio Vila de Betxi en 2002. También a él se debe la biografía de Manuel Ferrandis Irles , discípulo que fue y amigo del propio Meneu. La investigación realizada para componer la biografía del arabista bechinense ha sido ardua a fin de abarcar, como se ha dicho más arriba, la triple dimensión del personaje: a través de su obra escrita o de sus expedientes académicos, por un lado, reconstruyendo así un itinerario de docente y funcionario; como publicista en periódicos como El Adelantado o El Salmantino dejó huella en la opinión pública de Castellón, Salamanca o Granada, como personaje extravagante, original y solidario; y por último, se descubre en esta biografía cómo lo vieron sus íntimos y cómo se vio a sí mismo y se expresó hacia sus más próximos, en una correspondencia rica, suelta de prosa y mente, permitiéndonos conocer su psicología más personal e íntima.

El aprovechamiento que Badenes ha podido hacer del ingente epistolario que se conserva de Pascual Meneu es sencillamente exhaustivo y riguroso. La suerte ha sido que en varios casos se ha podido conservar el intercambio entre ambos correspondientes, como en el caso de su compañero de claustro y amigo Miguel de Unamuno o su colaborador y amigo íntimo de toda una vida, el arabista Julián Ribera. La biografía de Badenes puede así aportar luz sobre cientos de momentos de una vida en donde Meneu se nos revela con sus opiniones, sus temores, sus rabias y hasta sus inconveniencias.

Esta biografía interesa, pues, a destinatarios locales pero también a quienes quieren conocer más de la historia cultural de la España de fines del XIX y primer tercio del XX. Pero sobre todo la obra es básica para profundizar en la historia del arabismo español, para adentrarse en los pormenores de lo que Meneu llamaba la “cofradía o asociación española semitista”, como la tituló en un artículo publicado por El Adelantado salmantino, la de los discípulos del “abuelo virginal” Francisco Codera como él lo designó, y de la que se sentía cofrade o “hermano mayor” como dirá en carta a Julián Ribera de 1911.

Con el sentido del humor que todo el mundo reconoció siempre en Meneu y del que queda buena prueba en sus escritos públicos y abundante correspondencia privada, se referirá a la “trinidad cucaracha, Codera. Ribera, Meneu, que dio vida a la Bibliotheca Arabico-hispana”, en razón a que en privado llamaban cucarachas a los caracteres árabigos que conservaban en cajas “en el vacío que sofás, canapés y butacas deja[ba] entre patas y asientos” de la casa del maestro.

La sinceridad con la que Meneu se expresa en todos sus escritos, sean estos cartas o artículos tan bien seleccionados por Badenes, nos permite descubrir aspectos interesantes de personajes centrales de nuestra historia cultural, como el propio Francisco Codera . Sus comentarios a su íntimo Ribera en 1895 sobre su maestro, “preocupado con arreglar su vida orgánica al compás de la ciencia, notándose su rostro demacrado y flaco”, concluyen con que lo que “a Codera le hace falta es una buena esposa como Trinidad [esposa de Ribera] o la mía y media docena de chiquillos como los tuyos” (p. 87).

Esa imagen quijotesca del maestro, obsesionado con sus particulares libros de caballerías, los manuscritos árabe y la numismática, le lleva a decir que estaba “casado en indisoluble lazo con Dios, los moros y sus monedas, con las expansiones del erudito y del agricultor” (p. 124).

Meneu es lo que Manuela Manzanares de Cirre llamaría “un arabista menor” . Menor por su escasa producción académica, ya que dejó publicados pocos trabajos en revistas especializadas y nunca llegó a realizar sus proyectados diccionarios o glosarios arábigos, hebraicos o bereberes. Pero desempeñó un papel importante en la escuela de Codera como intermediario, como tipógrafo en la composición de la Bibliotheca de Codera o en el montaje de la imprenta de los franciscanos en Tánger y también en la difusión de la importancia de los estudios arábigos y del conocimiento del árabe para la España de su tiempo. Como él mismo se definió, fue un “arabista mixto (...) literalista y conversacionista”. Estuvo convencido de que era preceptivo conocer bien el árabe literal para poder estudiar y asimilar el “árabe vulgar”, del que se convirtió en el más ferviente estudioso y defensor. Fue, si dejamos fuera el núcleo de arabistas franciscanos que como los padres Cañes o Lerchundi vivieron prolongadamente en Marruecos, el primer arabista académico que realizó una estancia larga en país árabe, interesado por la lengua hablada y por su estudio y enseñanza, aunque no llegase a publicar ninguna obra de relieve sobre la materia. Comprendió pronto su utilidad pública para llevar a cabo una acción colonial en Marruecos y se dedicó a su enseñanza más allá del aula, en su propia casa y hasta organizando viajes de estudios a Tánger y Tetuán con grupos de alumnos.

A través de la relación con Julián Ribera y de la correspondencia que ambos mantuvieron Miquel Àngel Badenes consigue recomponer otra cara de la historia del arabismo español, una más íntima y personal, a través de los comentarios siempre sueltos y sin autocensura alguna que Meneu expresa en las 111 cartas que le envió a su amigo y que se conservan en la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del CSIC, escritas entre su estancia en Tánger en 1888 y 1932, dos años antes de la muerte de ambos. Conocemos por ellas su empeño en localizar manuscritos arábigos para la “cofradía” durante el año y medio que vivió en Marruecos, sus opiniones sobre arabistas como Codera, Asín Palacios, Pons Bohigues o el mismo Ribera, sus inquietudes sociales, su evolución en la visión de la colonización de Marruecos, que María Gajate calificó de tránsito desde la “propaganda científica” al “militarismo complaciente” , entre muchos otros temas, sin olvidar los más personales y familiares sobre los que ambos correspondientes se playaron con plena confianza.

Al Meneu “cajista cucarachero” y tipógrafo, al que según su confesión de 1912 no le parecían “duras e inaguantables las molestias de trabajos sucios, oficios bajos ni retribuciones mezquinas”, pues se hacían “por amor a la literatura patria, a la historia”, a pesar de que a sus treinta y tantos años se le pasaba la vida sin empleo estable, va a suceder un Meneu buen vividor, al encontrarse en Madrid con la que llamaba su “adorado tormento”, su primera esposa con lazos nobiliarios con la que se casó en 1893 y de la que se separaría seis años más tarde. Meneu, “Conde”, aunque nunca llegara a disfrutar efectivamente de ese título, permaneció alejado esos años del

estudio del árabe y de sus vínculos con la “cofradía semitista” a los que volvió al recuperar su “soltería”, empeñado en reconstruir una vida académica que logró al obtener la cátedra de hebreo de Salamanca en 1908.

Comenzaba así uno de los períodos más fecundos en actividad de su vida, pero no será la enseñanza de la lengua de titularidad de su cátedra la que le ocupó plenamente, sino la del árabe que pudo impartir también en la Universidad, al tiempo que daba clases particulares a decenas de jóvenes discípulos que contribuirán a difundir en la ciudad castellana y charra la imagen de un maestro original, pintoresco y dedicado a su oficio. De esta etapa destaca su amistad con su compañero de claustro Miguel de Unamuno, amigo ya desde tiempos de estudiante de doctorado en Madrid en que éste le dedicara dos retratos realizados durante alguna de las aburridas clases, amistad fecunda a través de una continuada y activa acción de sensibilización social entre las clases más menesterosas de la ciudad, llegando a crear y presidir el propio Meneu en 1915 una Asociación de Lavanderas del Tormes que llegó a reunir más de 200 socias. Serían años también en que dedicaría a escribir artículos en la prensa sobre la “magna cuestión” de Marruecos, como ya la había definido en carta a Ribera en 1890.

Su carrera profesional concluyó en Granada donde obtuvo por permuta con Maximiliano Alarcón una cátedra de árabe en 1922. Esta etapa coincide con lo que Badenes llama la de “formación de una familia tardía” tras su matrimonio con Elvira Monleón de la Lluvia, de la que tendría cuatro hijos, que bautizó con nombres proféticos: Pascual Mohamed, Jesús, Moisés y Elías.

No sería esta etapa tan creativa como la de Salamanca, justificándose en carta a Ribera en 1929, año de su jubilación, diciéndole que “no he querido intentar nada en nuestra Facultad porque aquí está corrupta y en semíticas putrefacta”. Aludía así a que la escuela granadina de arabistas, tan pujante en la segunda mitad del XIX con los Simonet, Eguilaz, Fernández y González y otros, había decaído tras la muerte del “noble y caballero Guillén Robles y el loco y avaro Almagro [Cárdenas]”. Los últimos años de su vida volvería a su localidad natal, Betxi, donde falleció en 1934.

El concienzudo trabajo de Badenes reconstruye así, con una impecable investigación en archivos locales, universitarios y nacionales, la biografía de un personaje singular que vivió a la sombra de otros de más relevancia que ocultaron su papel pero en los que dejó una huella humana imborrable que sus correspondencias hoy nos revelan gracias a este libro.